

Editoriales

UNA RADIOEMISORA PARA EL INSTITUTO DE EXTENSION MUSICAL

En materia de radio y televisión el mundo está dividido hasta ahora por el Océano Atlántico. Puede decirse que el meridiano de Greenwich separa dos mundos, dos conceptos básicos: hacia Europa y desde sus costas hasta los confines en que el Asia cae al Pacífico predomina la doctrina de tener estos medios como elementos de comunicación, de educación y también de esparcimiento; hacia nosotros, en cambio, debido al criterio que ha traspasado Estados Unidos, radio y televisión se identifican al negocio; se compra y vende y sus misteriosas ondas no valen sino en cuanto cartelera de avisos.

Así cuando un europeo habla de radio, entiende referirse a una sola cosa, a la respetable, la nacional y estatal. Las emisoras comerciales, por ejemplo las periféricas de Francia, son un contrabando ideológico, que calza con el muy real de mercaderías que se hace en los mismos lugares. Las "radios piratas" como se las denomina, están apostadas en barcos casi siempre sostenidos comercialmente por Norteamérica, anclados a lo largo de las costas del Mar del Norte, especialmente Inglaterra, donde libran desde hace años dura batalla contra la BBC.

Nosotros hemos tenido la mala fortuna de que, salidos del respetable tronco de Europa, radio y televisión llegaron cuando las guerras habían disminuido el peso tradicional de nuestra vieja cultura ancestral y así, sin conocer lo que las fuentes del occidente pensaban, nos lanzáramos de lleno en un sistema que supone el dinero como única y definitiva medida para aquilatar valores. Así dimos en el modelo comercial y nada más que comercial.

Este peso mercantil, que en un comienzo no se echó de ver tanto, y que aún permitió convivencia entre calcular utilidades y difundir cultura, fue estrechando el cerco hasta estrangular toda idea educacional y en ello, principalmente la música, y dentro de ésta, como era lógico pensarlo, la música chilena artística. Los institutos culturales extranjeros han defendido con dinero, hasta donde les ha sido posible, el mantenernos al tanto de lo que ocurre en sus respectivos países; pero nadie veló inteligentemente por Chile. Así hemos llegado a un estado de tal manera indigno, que cuesta trabajo, en las largas horas del día, hallar en la radio, y aún en la televisión llamada universitaria, algo que lleve al espíritu por encima de noticieros de crímenes, de fastidiosas y repetidas minucias políticas, de trabalenguas describiendo el fútbol, de tonterías y vulgaridades sin cuento. De esto poca gente tiene conciencia, porque el venir abajo ha sido lento, y ya sabemos que los latinos dijeron hace siglos aquello de que nadie se hace malo de repente, (*nemo repente fit turpissimus*).

El Instituto de Extensión Musical, la palanca estatal más efectiva de cultura en nuestro arte, sufrió también el ahorcamiento progresivo. A raíz de

su establecimiento, las emisoras privadas se disputaban el derecho a transmitir sus conciertos y aún lo pagaban; luego hubo que dárselos gratis para que ellas lucraran y más tarde exigieron pago, a menos que se tratara de radioemisoras pequeñas, a las que se había arrinconado con cierta misericordia en lugares del dial desprovistos de futuro.

La Ley del I. E. M. dispuso, sin embargo, que éste tendría su emisora y, bajo penas de multa y prisión, previno que jamás sus ondas transmitieran algo de contenido político o comercial. Sólo después de veintisiete años se ha podido hallar la forma de dotar a este servicio, de una ventana abierta hacia los ciudadanos, del poder de abandonar las cuatro paredes de las salas de conciertos y decir a millones de seres cuál es lo que Chile posee como música y qué hacen los compositores de este país, es decir que se sepa lo que nuestra historia recogerá un día como curso del arte musical en este siglo.

Por otra parte, hablando económicamente, resultaba por completo absurdo gastar al año millones de escudos para el regocijo de unos pocos afortunados poseedores de medios para adquirir entradas. Si el I. E. M. es del país y se mantiene con una contribución nacional, no resultaba admisible que sólo un reducido grupo disfrutara o pudiera disfrutar de cuanto la institución ofrece cada año.

Esto es lo que la Universidad de Chile ha querido al fin reparar adquiriendo la antigua radio "La Reina", una emisora que en cuanto le era posible hacía excepción al descalabro general de la cultura radial. La nueva emisora, que lleva la sigla I. E. M. como nombre y ocupa los canales ya conocidos de CB 63 y FM 95,9 irá siendo la voz de la música en la capital del país. Su propósito es transmitir todos los conciertos de calidad que se ofrezcan en Santiago. Con su emisora, el Instituto viene a colocarse junto a los programas educacionales que varias universidades, como la Universidad Técnica del Estado, la Universidad de Concepción y la propia Universidad de Chile, en su sede de Valparaíso, han venido manteniendo desde ya bastante tiempo. Hay también que hacer honor en esta compañía a algunas emisiones serias en FM y a la prestigiosa Radio Andrés Bello de Santiago, que se esfuerzan por conciliar la propaganda comercial con programas de calidad.

El Instituto de Extensión Musical posee en su abundante archivo de grabaciones un tesoro que pocas personas imaginan: es el acopio de un trabajo de por lo menos veinte años que se mantuvo silenciado por las circunstancias antes referidas. Semejante fuente de programas no la tiene nadie en el país. Y lo que más vale en ella es el repertorio completo de cuanta obra chilena se ha ejecutado.

Dijimos antes que la producción nacional fue la víctima inocente de la comercialización total de la radio. En ello se estableció un círculo vicioso: no la ejecutaban porque no la conocían y no la apreciaban porque no la escuchan. Hubo tentativas de incluirla sistemáticamente en programas comerciales, pero los "ejecutivos" de las agencias de publicidad (singular ape-

lativo de los antiguos directores de empresa), que no deben pensar demasiado, proscribieron lo chileno como origen de ruina.

Y así llegamos al absurdo de que, mientras es posible entre nosotros saber de los escritores chilenos, con buenas ediciones y variadas antologías, y de los artistas plásticos a través de exposiciones y museos, sobre los compositores, aún de quienes han obtenido premios nacionales, nadie escucha nada y sólo se sabe de sus obras en la necrología del día en que los entierran... Y sin embargo, como ya ha podido apreciarse, a través de las audiciones de la nueva emisora, ahí están las creaciones excelentes que se han escuchado y se seguirán escuchando. No somos, tal vez, más que otros países, pero tampoco menos y ciertamente tenemos música que, con ventaja, reemplazará muchas obras que sólo se ejecutan porque llevan una firma histórica de fama.

D. S. C.